

ESCALAPRONES

por

Telesforo de Aranzadi



Para que me entiendan quienes no conocen esta palabra, si conocen la cosa fuera del país, me bastara con citar la frase de un paisano mío al referirse a cierto sujeto: «gallego neto, de esos que trabajan con tres tacones de zapatos». Traducido al orden sintáxico castellano quería decir zapatos de tres tacones, o sean almadreñas. Escalprones o escalafrones es castellanización del *euskera eskalaproin, eskalapoin, eskalaporoi, espalakoin*, palabra que no ha evitado la imaginación de ningún etimologista de dentro ni de fuera del país.

El etimologista de dentro no se sentía atraído por la cosa, por ser evidente la resistencia del país a su asimilación ¿qué interés había de tener la demostración de su indigenismo mediante el de su nombre? En otro caso se hubiera dado a buscar en *eskala, eskale* y en *apo, apoinu*, o sabe Dios en qué otros componentes, una combinación de ideas, que relacionase la palabra con la cosa o ésta con la palabra. Quizás acudiese a *eskalampo*, en suletino el estribo vaquero y en navarro la pieza en que se apoya la tolva. Además *eskalambo* es una planta, que en francés llaman «sceau de la Vierge», el diccionario de Azkue traduce sello de la Virgen y las floras francesas dicen que es *Tamus communis*, llamado en castellano nueza negra. *Kalotx* lo desecharía como hijo de «*galoche*» chanclo. *Kloska, kaskal* y *otzol* no pican tanto la curiosidad. Las de los carboneros para subir a la *txondarúa* están en desuso.

El etimologista de fuera, como no se trata del coturno, sino del zueco. hace lo que con las supersticiones; no busca el exotismo ni compara: hace el zueco (frase más expresiva que la de hacerse el sueco). Y menos mal cuando no convierte a nuestras mujeres en gallegas, como el autor del monumento a la batalla de Vitoria. Las madreñas diría que se llaman así por ser de madera; si fuesen un elemento distinguido de civilización, las derivaría del latín *materia*; pero no conviene mentar esta identidad, porque, si en latín *materia* es madera y *spiritus* es soplo, las ideas generales y abstractas de los latinos aparecen muy de choclo.

Fijándose en el significado suletino de *eskalampo*= estribo vaquero, quizás algún aficionado a etimologías populares se acuerde de escalar, como se quiso derivar el francés «étrier» de estribar; tanto más que en alemán se le llama «steigbugel»—asa de subir. Se le había considerado introducido en el ejército carlovingio al guerrear contra los ávaros, en tanto que en el Japón aparece en figurillas de la época de los dólmenes; se le encontró en tumbas chudes de Minussinsk en el reino de los sasánidas; se comparó el kirguiso con el gaucho, ambos de cuerno; el chileno, portugués y chino vaqueros; el de las pieles rojas con el mejicano y árabe; se distinguió el utilizado únicamente para el dedo gordo por los galas del nordeste de Africa y los javaneses. De las excavaciones de Alise-Sainte-Reine ha demostrado, sin embargo, G. Joly que lo usaban los galos en tiempo de Julio César, los galos que tocaban un pito parecido al de los actuales cabreiros pirenaicos y amoladores errantes;

Rham quería extraer de un estudio publicado en *Globus* en 1905 la conclusión de que las almadreñas eran el calzado popular de los antiguos germanos y galos, como las abarcas de corteza lo eran de los lituanos y eslavos; para ello deriva del bávaro «zockel, zuckel» el esloveno «cokla», todo esto de «zucken», el griego moderno «tzócaron» del «zoccolo» italiano, a su vez supuesto derivado del longobardo. Lo dice después de escandalizarse de la pretensión de Kirchhoff de que se originó en costas húmedas y frías, y de que Riehl lo considerase incompatible con la montaña. Contra lo primero aduce, con Clement, que los frisonos del norte y los bajo-sajones entre Bremen y Dinamarca no los usan; contra lo segundo bastaría recordar Auvernia. No deja de ser curioso el que en los montes de Oetz (Tirol) persista su uso «a causa de ser con él el paso más seguro» !Parecería dar la razón a Rham el hecho de no usarlo en la Bukowina y Galitzia mas que los colonos alemanes, que llegaron allá en el siglo XVIII, según lo dice J. Stark; y el mismo Rham menciona la Galicia española, como único país de España en que se usan. No serán de ese parecer Asturias y la montaña santanderina, y es notable la coincidencia de que, lo mismo que a los frisonos entre Holanda y Westfalia por un lado (con sus «klompen») y Jutlandia por otro, también a los Vascos les son antipáticos los escalaprones y están entre bearneses y santanderinos almadreños. Si no fuera por la Jutlandia y los «traesko» de los noruegos, más verosimil aparecería el origen celta o el alpino. Desde Elberfeld hasta el Bearn, desde la Bretaña hasta el «irsch» de Passau (Baviera), el «trittling» de Kremsmünster

(Austria) y la «cokla» de Carintia y Carniola, se pasa por países celtas ya siglos antes de Jesucristo. Es de notar sin embargo que los chanclos alpinos no son zuecos, sino que por encima tienen cuero, y antes tenían flejes entrecruzados de pino negro o de alerce; tampoco son almadreñas muchos choclos pirenaicos, «galoches» y no «sabots».

Ya que no sea «cothurnus» el «soccus» ni por tanto el zueco castellano, ni el «socco» portugués (no sabemos las pretensiones del «tamanco»), ni el «sock» inglés, consuélense los almadreños con que el «zoccolo» italiano emparente con el zoclo y choclo, castellanos y con el zócalo, admitido este último en los edificios de arquitectura monumental.

Todavía nos quedan otros nombres, que acaso nos acerquen más a los escalaprones. En el Delfinado llaman a este calzado «esclot», que algunos etimologistas franceses derivaron del alemán «schlag» y otros del provenzal «esclau» huella. En catalán dicen «esclop» que quieren derivar de «scloppus»; lo que en bilbaino se llama papuchada.

Ante estas derivaciones ¿qué valor tendría «scalprum»—escoplo? No nos acordemos, ni en broma, del burocrático escalafón, ni de Escalaplano, que es un poblado de la isla de Cerdeña. Los «knospen» y «cospo» de las dos vertientes lingüísticas del Tirol tampoco nos sirven para nada.

A nosotros nos quedan todavía los *zata*, *gobar'eta*, *bular'eta*, *zatu*, *oiñor'atze* ¿y las abarcas? las que los santanderinos llaman vizcaínas ¿nos las querrán disputar? Lo que no nos disputarán será *oiñuts*, aunque no sea palabra primitiva, sino inventada por quien ya conocía el calzado, además de que es costumbre portuguesa.

Si en vez de hacer pinitos de filólogo recadero, preferimos hacer de etnólogo cosario, bueno será llamar la atención de los preconizadores de la omnipotencia del ambiente hacia el fenómeno, de que en un país tan húmedo y con una tradición tan arraigada de la talla de la madera para muchos utensilios caseros, no encuentre modo de vivir el almadreño y sí los alpargateros. La elección es indígena; por eso la existencia secular de elementos de cultura exóticos es debida al país que los acoge y no a los de origen. La invención en sí es siempre individual, aunque sea anónima, y no de un pueblo. Suyo, de un pueblo, es lo que éste asimiló, sin dejar de ser él, fuera el inventor nacido de él o no. No es suyo lo que en él no cuaja, aunque la primera inventiva hubiera brotado de uno de los suyos. Pero la propiedad étnica es una y el marchamo lingüístico puede ser otro.